
~~LA~~

FLORESTA INFANTIL.

Periódico de niños de ambos sexos.

El nacimiento del niño Dios.

Niños, los de tranquila conciencia, los de franca sonrisa, los de expresivo mirar, venid á mí.

Vosotros que por suerte atravesais la época de los sencillos é inocentes placeres, alegraos conmigo y cantemos juntos las glorias del Señor.

El rey David pulsó en otro tiempo el arpa de oro, y sus cantares fueron oídos desde el trono del altísimo.

Resuenen hoy vuestras trompetas, silvatos y alambores, vuestros cánticos hiendan el viento, y llénese el universo entero con vuestras voces. Vuestra alegría infantil será grata á los ojos del Dios de las alturas porque vuestro corazón no tiene pliegues todavía, porque el dolo y la falsia no han afeado vuestro hermoso rostro.

v

Escuchad:

Al soberano acento del Omnipotente salió de la nada todo un mundo rico de luz y de armonia y esplendente y magnífico en toda la plenitud de su hermosura.

Y plantas mil de aromáticas y perfumadas hojas saturaron el aire con sus suavísimas emanaciones.

Y otras de tallo fino y sedoso alfombraron su suelo; creciendo acá y allá flores de pétalos aterciopelados que matizaron bien pronto tan lujosa alfombra.

Y otras dejaron caer sus flores empujadas por sabrosos y delicados frutos que à poco tiempo se ostentaron en su perfecta madurez.

Y también crecieron árboles y arbustos que defendieron à las plantas de los ardorosos rayos del sol conicular.

Pero todas estas plantas no tuvieron la facultad de moverse y andar de uno à otro lado.

Y Dios con su infinito poder creó otros seres que pudieran moverse y les mando habitar en las aguas del mar.

Pero aquellos animales organizados y hechos para vivir en el agua, no podían vivir en la tierra.

Y Dios con su infinito poder creó otros animales que poblasen y viviesen en esta hermosa y dilatada parte del universo.

Y estos animales vivían y se movían en

la tierra; pero no podían poblar el aire, region mas estensa que la tierra y el agua juntas.

Y Dios con su infinito poder creó aun otros animales dispuestos y organizados de manera que pudiesen desprenderse de la tierra y elevarse y cruzar el espacio en todas direcciones.

Y tanto á estos como á aquellos y los otros, dió diferentes formas y tamaños desde el mas pequeño al mas grande y organizólo todo de manera que la vida de unos no fuese un obstáculo para la vida de otros.

Pero de tantos seres sacados de la nada por la creadora mano de Dios, no habia uno solo que fuese capaz de amarlo y comprender su infinita sabiduria y la sublimidad de las maravillas creadas.

Y siempre bondadoso y omnipotente dijo: «hagamos una criatura mas perfecta que comprenda todos mis atributos y amándome corone mi obra.»

Y con su omnimodo poder creó al hombre, en quien imprimió un destello de su divinidad.

Y despues que lo hubo creado, le mostró todas las maravillas del universo y le autorizó para que gozase de todo ello subordinando á su dominio los demas seres.

El hombre, empero, ingrato á tantos beneficios, osó desobedecer, los preceptos de tan bondadoso criador, y fué justamente conde-

nado á comer el pan empapado en sudor; y á llevar en sí el sello de su pecado por todas las generaciones venideras.

Clemente y parco en el castigo, Dios quiso, sin embargo, que el hombre se multiplicase por la faz del mundo y multiplicáronse con él sus maldades y la iniquidad cubrió bien pronto con un manto sucio y asqueroso toda la superficie de la tierra, y la hediondez del pecado inficionó la atmósfera, y la razan del hombre fué invadida por las tinieblas del vicio.

Dios es justo; el hombre ingrato y perverso: la eterna condenacion es por consiguiente inevitable.

Temblais hermosos niños? ¿Os asusta, por ventura el triste porvenir reservado á unos seres indeleblemente marcados con el funesto sello del pecado?

Dios es infinitamente misericordioso; esperad:

Allá, muy allá, en una pequeña ciudad de Galilea, habia una preciosa niña cuyos padres eran puros en medio de la general corrupcion, tierna virgen consagrada al Señor desde el año tercero de su vida, era hermosa como la aurora y pura como el ambiente de una mañana de Mayo; esbelta y delicada flor olvidada del mundo en Nazareth, estaba sin embargo destinada á esparcir su delicado aroma

bastante á perfumar la corrompida atmósfera del universo.

Cantad niños, cantad. Una alada figura se ha desprendido del trono del Altísimo y desciende á la tierra batiendo alegre sus esplendentes alas: es Gabriel, el arcángel del Señor que como un gentil mancebo, se presenta á Maria y le anuncia que el Espíritu Santo vendría sobre ella y concebiría en sus entrañas purísimas al hijo de Dios, al Salvador del mundo, al Redentor del género humano.

Cantad, cantad: La mas pura entre las vírgenes, la tímida doncella ha contestado al divino embajador pronunciandolas sublimes palabras que santificaron la tierra. «*Hé aquí la sierva del Señor, cúmplase en mí su voluntad*»

Ya lleva en su seno el gérmen de la humana felicidad! admirala como vírgen, respetadla como madre.

Saludad á todo un Dios hecho hombre que ha venido á la tierra á sufrir todas las penalidades inherentes á la naturaleza humana: saludadle aun en el vientre de Maria como le ha saludado su Precursor cuando todavia Santa Isabel le tenia en su seno.

Cargaos de las mas brillantes flores y de las mas aromáticas yerbas para esparcirlas por el camino que guia desde Nazareth á Betlehem, porque el Emperador ha publicado un edicto que obliga al esposo de Maria á empadro-

narse en este pueblo.

No temais hermosos niños al frío intenso que cristaliza las aguas de los ríos y paraliza los sorprendentes efectos de la vegetación; los castos esposos han emprendido su viage: salidos al encuentro y repetid á la delicada doncella las palabras que poco antes le habia dicho su santa Prima; *bendito es el fruto de tu vientre.*

Mezclaos amables criaturas entre los inocentes pastores que se apresuran á ofrecerle la fresca miel y la sabrosa leche, y vuestro acento puro y argentino contrastará admirablemente con el ronco sonido de sus zampoñas y rables; asios á la falda de la hermosa pastora que presenta solícita el nítido bellon de sus corderos, ó bien á la pacífica labriega que trae gozosa el blanco empaño de finísimo lino y entrad en el portal de Bethlem.

Contemplad al señor de los señeres acostado en su pajiza cama, y admirad la grandeza de su humildad y la magnificencia de su pobreza.

Ved á la excelsa Reina de los ángeles inclinada sobre el mísero pesebre, adorando al divino niño como á su Dios, reverenciándolo como á su señor y predigándole como á su hijo tiernas y maternales caricias.

Saludalle con lo íntimo de vuestro corazón, como se saluda á un amigo, porque el niño que

acaba de nacer es el verdadero amigo de los hombres.

No separéis ya la vista de esta preciosa criatura: seguid sus huellas, imitad sus acciones, y contad que tendréis un asiento en la mansión de los bienaventurados.

Cantad niños, cantad; el transcurso de 18 siglos no ha sido bastante á desterrar de los hombres la celebracion del mas brillante de los aniversarios.

Alejad pues, criaturas encantadoras, alejad de vosotros el susto que poco ha revelaban vuestros semblantes; y penetre la alegría en vuestro corazon, porque desde que se ha obrado tan sublime misterio tenéis abiertos los senderos de la gloria

UN VIAGE EN DICIEMBRE.

En el invierno de 1845 y por un negocio de familia, hubo de hacer un viage á Guipúzcoa el que tiene la satisfaccion de dirigiros la palabra. Mi punto de residencia era Vitoria, y el pueblo á donde tenia que trasladarme, San Sebastian. Al efecto tomé el asiento en la diligencia, y al dia siguiente ya me hallaba en la carretera general de Francia. Por mi buena suerte, iba en mi compañía un hombre como de unos cuarenta años, de estatura alta, robustos y bien formados miembros, y

cuya cara revelaba por lo espacioso de su frente y por sus rasgados y expresivos ojos, una inteligencia nada comun. Por lo demas, sus ademanes elegantes y su excesiva amabilidad, daban á entender que su educacion era esmerada. No bien nos pusimos en camino, me dirigió la palabra, y muy poco tardamos en entablar una conversacion en la cual él llevaba la mejor parte, y que á decir verdad, no me hubiera cansado de oírle, porque tanto me interesó la pintura que hizo de las provincias vascongadas, que desde entonces he tenido un amor mas profundo á este pais. No me detendré en referir la estensa descripcion que me hizo de la temperatura suave, del clima benigno, de lo pintoresco del pais y del genio tan alegre como bondadoso de sus habitantes; nada diré de todas las bellas cualidades que constituyen unas costumbres las mas puras; de todo esto prescindiré, y solo me propongo referir lo que me dijo al aproximarnos á Vergara.

—Amigo, ya nos acercamos al pueblo donde V. va á quedarse, segun me dijo al salir de Vitoria.

—Qué, ya llegamos á Vergara? le pregunté.

—Sí, muy cerquita lo tenemos, ya estamos en su término.

—Pues lo siento mucho: hubiera preferido

ir con V. hasta San Sebastian, que es adonde tengo que llegar para principio de año, á quedarme á descansar en este pueblo y á pasar la noche buena y las pascuas. Por eso desearia que se quedase V. conmigo estos dias, y despues iriamos juntos: me baria V. en ello un singular favor.

—Muchas gracias amigo; yo tambien hubiera tenido mucha satisfaccion, pero tengo que llegar á San Sebastian, no para principio de año como V., sino para el segundo de pascua.

—Pues de ese modo podre tener la satisfaccion de pasar la noche buena con V. y en compañía de un tio que tengo en Vergara y que me estará esperando. No le consentiré que pase adelante y no admito excusa ninguna; el primero de pascua yo me pondré en camino con V. y llegaremos á la *perla* de Guipúzcoa donde tendremos el gusto de vernos con frecuencia mientras estemos allí. Ea, pues, espero sin réplica su asentimiento.

—Tengo alguna experiencia y algun conocimiento de los hombres, para poder oponerme á sus deseos, se que le complaceré quedándome, y no puedo menos de darle gusto y al mismo tiempo las gracias por el demasiado favor que me dispensa.

—Nada de eso; yo soy el que recibo el favor porque podré mas tiempo disfrutar de su ame-

na conversacion, y ademas estoy seguro que mi tio me dispensará el estar tan poco tiempo en su casa, teniendo el placer de ver à V. y de hablarle algunas horas.

—Basta ya de cumplimientos: yo à la verdad tengo deseos de hacer alguna estancia en este pueblo tan notable en la historia moderna.

—Es verdad le contesté; yo no hé estado nunca por aquí, pero hé oido celebrar mucho à Vergara por el convenio que hubo en él.

—Si amigo, ya llegamos al punto que fué teatro del mas grande acontecimiento que cuenta España en sus anales. Obsérve V. ese campo inculto que se destaca notablemente entre tantos otros esmeradamente cultivados que, apesar de la estacion, están cubiertos de verdor; ese campo apenas distante de nosotros treinta varas y que le limita por el otro lado el rio Deva. Ahí es donde se abrazaron los generales Espartero y Maroto; ahí es donde terminó la guerra civil, aquella guerra de siete años en que peleaban españoles con españoles, guerra fratricida en que hermanos contra hermanos y aun padres contra hijos luchando encarnizadamente en distintos bandos, derramaron su preciosa sangre y aniquilaron la pobre España. Por eso el que de veras ame la paz, no podrá menos de esclamar con entusiasmo al pasar por este punto, *«ahí fué el abrazo.»*

Con gusto os contaría todo lo que me dijo hasta que ya casi entrábamos en la Villa inmortal, cuyo aspecto encanta à primera vista; pero por no estenderme demasiado, lo omitiré para ocuparme ligeramente de la población. Calles perfectamente empedradas de adoquines, por las que se ven transitar robustos y vigorosos mozos con sus boinas azules, anchos pantalones de pana, elástico azul con vivos encarnados y faja del mismo color; esos jóvenes cuyos rostros revelan la paz y la alegría, se ocupan en la agricultura unos, en el cuidado de los ganados otros, y la mayor parte en los trabajos que proporciona la gran fábrica de hilados y tejidos de algodón que funciona à beneficio de las aguas del Deva; mujeres de no inferior musculatura y perfectamente aseadas que se saludan mutuamente pero sin detenerse un solo momento; edificios decentes aunque no grandiosos que revelan en sus escudos de armas la alta alcurnia de sus habitantes; tiendas bien provistas de géneros; famoso seminario del que han salido muchos hombres distinguidos en las carreras de las letras; otro tambien célebre consagrado à la educacion del bello sexo; bonita casa consistorial situada en la plaza y cuya fachada de piedra ostenta doce arcos de regular arquitectura: hay tambien casa de misericordia, dos

buenas iglesias, excelente parador y el indispensable juego de pelota á que son tan inclinados los vascongados. Esto y otras muchas cosas que omito, unido al bondadoso carácter de los vergareses, tan francos como hospitalarios, hacen de esta Villa una de las mejores poblaciones de Guipúzcoa.

Luego que hubimos llegado al famoso parador llamado de S. Antonio, tan célebre, segun el sentir de muchos viajeros, como los mejores *hotels* de Francia, nos dirigimos á la modesta casa de mi tío, y éste al recibirme con los brazos abiertos me manifestó que sentía que no le hubiese avisado para salir á esperarme.

—Dispénsame V. querido tío, le dije, esta pequeña falta; porque solo ha tenido por objeto el que no se incomodase por mí; por eso en la última carta solo le decia que vendria para pascua; y añadí:

Aquí presento á V. este caballero que ha venido en la diligencia conmigo y que deseo nos acompañe la noche de Natividad.

—Yo vengo señor mio, á recibir la honra que, en vuestro nombre me ha hecho su sobrino, se apresuró á decir el caballero.

—A ninguno cederé la que me hace V. con su presencia en esta casa de la que puede disponer y de éste su servidor que en ella habita.

—Soy el vuestro cuyas manos beso por tanto favor y honra.

Subimos á la habitacion principal de la casa y al momento salieron á saludarnos dos hermosos niños que tenia mi tío, los cuales estaban en el estudio y solo supieron nuestra llegada por el aviso que les dió la sirvienta.

—Hé aquí toda mi familia dijo mi tío, la que pongo á vuestro servicio caballero.

—Mil gracias Señor mio; segun eso, estos pobres niños no tienen madre.

—No señor, tuve la desgracia de perder á mi pobre mujer ha ya cuatro años, y para mayor desconsuelo, no me hallaba en su compañía cuando me la arrebató una aguda pulmonía.

—Siento en el alma esa desgracia y mas el haberos hecho recordar un suceso que os aflige, lo mismo que á estos niños cuyas lágrimas me encantan. Ea, queridos, dispensadme este mal rato que os he proporcionado, conformaos con la voluntad de Dios y dejadme que os estreche entre mis brazos.—Los dos niños se arrojaron en los brazos del caballero y el mayor de ellos exclamó, ¡Es tan dulce el derramar lágrimas por la madre!

—Vaya, hijos míos, retiraos ya á estudiar hasta que se os avise.

Los niños obedecieron á su padre, y no-

sotros nos sentamos cerca del brasero.

Nada diré de lo que pasó hasta la noche del veinticuatro, noche de alegría y solaz, de contento y satisfaccion, noche en que se celebra el nacimiento de Jesueristo, *noche buena* en una palabra.

En las provincias vascongadas es donde especialmente se celebra esta noche con un singular regocijo que contrasta admirablemente con el recogimiento y con la sobriedad habitual en todas las familias. En este día es cuando se reúnen todos los miembros de cada una. Asi es notable ver á los hijos de las que por la escasez de ocupacion en sus casas se dedican á la canteria y emigran por las principales capitales de España, regresar á sus hogares para este notable día á recibir un abrazo paternal, á pasar quince días en el hogar doméstico, y á dar gracias á Dios por el inefable beneficio que dispensa á los hombres con el nacimiento de su *unigénito* hijo.

En aquel día por la mañana nos previno el tío que si queriamos hacer colacion á medio día podiamos hacerlo, y que por la noche podiamos comer á nuestra satisfaccion; pero como mi compañero de viage le dijese que nos acomodariamos con gusto á hacer lo que él hiciese, se preparó la colacion para la noche.

A las cinco de la tarde llegó á la casa de mi tío, una familia, que habitaba en la

contigua, y nos pusimos á divertir al juego del mus que se usa mucho en aquel pais. Escusado es decir que reinò la mayor animacion y alegria en las tres horas que estuvimos reunidos, entre aquellas dos honradas familias; pero lo que sobre todo nos llamó la atencion, es la conversacion que tuvo lugar al terminar el juego: héla aquí.

—Ahora hablaremos un rato hasta las 10 en que haremos colacion, y despues volveremos á divertirnos hasta que sea hora de ir á misa de Gallo, dijo mi tio.

—Me dejará V. ir á mi este año padre? le preguntó el mayor de los niños.

—Si hijo mío, el año pasado te lo ofrecí y no quiero faltar á mi palabra.

—Pues yo tambien tengo ganas de ir, y si V. me deja verá como no me duermo, interrumpió el pequeño.

—Tú eres demasiado jóven y ya debias estar en la cama, pues aunque no te durmieses como dices, no pasarias buen rato porque hace bastante frio.

—Puesto que el niño tiene tantos deseos querido tio, le dije, yo le suplico que le consienta ir con su hermanito.

—En hora buena; pero hubiera deseado que antes supiesen lo que significa la misa de *Gallo*. Ya el año pasado le ofrecí á Francisco (este era el nombre del niño ma-

yor) que se lo explicaria, pero...

—Ah sí, ya no me acordada yo; pues expliquen os V. ahora.

—Esto es, nada se os pone por delante cuando encontrais gusto en una cosa. ¿Es esa la consideracion que se merecen estos señores y especialmente este caballero?

El menor de los niños miró á su padre y bajó los ojos; pero Francisco con la mayor serenidad, nos dijo que dispénsásemos su indiscrecion.

—No hay por qué dispensar, se apresuró á decir mi compañero de viage, y tanto me gusta el deseo de saber en los niños, que yo mismo apreciaré que vuestro padre os complazca.

—Pues de ese modo interrumpió este, lo haré con mucho gusto; escuchadme.

En cuanto al nombre de *misa de gallo*, solo puedo deciros que como se celebra á las doce de la noche y á esta hora por lo regular comienzan á cantar los gallos, es probable que no sea otra la razon de llamarse asi.

—Y por qué se dice á las doce de la noche? interrumpio Francisco.

—Ten paciencia que todo te lo diré. Se dice á las doce de la noche, porque á la misma hora se verificó uno de los tres nacimientos á que hacen referencia las tres misas que en el dia de mañana se celebran.

—Y qué tres nacimientos son esos?

—Por el primero se entiende la generacion de J. C, desde la eternidad en el seno del padre; por el segundo que nació juntamente en el vientre de la Virgen; y por el tercero que nace todos los dias en el seno de los justos, en los cuales habita por la fè como dice el Apostol.

—Solo tres misas celebrarán mañana padre?

—Tres misas, cada cura.

—¿Pues y eso, por qué?

—Porque en la antigüedad se decian muchas misas por un mismo sacerdote, pues que no todos podian asistir á una, y la yglesia conserva esta idea del antiguo rito: además, no diremos descabelladamente si afirmamos que en las tres misas solemnes que se dicen en este dia que vá á comenzar, se celebra la triple natividad de Cristo.

—¿Y á qué hora se celebran esas tres misas, padre?

—La una, como ya sabes, á las doce de la noche, otra en la aurora y la tercera en otra hora de la mañana

—¿Y ahora en la misa que vamos á oir, qué natividad se reverencia?

—La natividad temporal de Cristo de la Virgen; y poco mas ó menos, á la misma hora en que fue reclinado en el establo, se pone

el mismo é idéntico en el altar por medio de la consagracion. En esta misa, hijos mios, debemos adorar á Cristo naciendo en el establo, y principalmente cuando se pone presente por la consagracion. La mayor devocion y compostura os recomiendo, porque debeis pensar en el inefable beneficio que J. C. nos dispensa viniendo á ofrecerse por nosotros en sacrificio.

—¿Y en la segunda misa, qué natividad se reverencia?

—En la misa de aurora que es la que decís, como quiera que se reverencia en ella la manifestacion de los Angeles á los pastores, no hay inconveniente en que sea celebrado el nacimiento espiritual de Cristo en el corazon de los justos. En esta misa conviene, que en lo posible, imitemos á los pastores que adoraron al recién nacido, y que nos unamos con el coro de Angeles que entonaron un cántico para anunciar á los hombres el nacimiento del hijo de Dios.

—Pues también los reyes magos le adoraron, verdad padre?

—Sí, también; desde lejanas tierras se apresuraron á seguir la ruta marcada por la estrella que les anunció el nacimiento.

—De eso ya sabia yo algo, porque lo he oido en la escuela.

—Bien; me complace el saber que recor-

dais las cosas que se os han enseñado; pero dejadme que continúe la significacion de la tercera misa.

—Es verdad; continúe V. padre.

—En la tercera misa, se reverencia el nacimiento eterno de Cristo, en el seno del padre, y especialmente desde la epístola y evangelio que se ocupan de esto. En esta misa debemos hacer por identificarnos con la mente de todos los coros de Angeles y santos que adoran en el cielo al hijo de Dios, y darle gracias por los beneficios que dispensa á los hombres. Hé aquí, hijos míos, ligeramente explicado lo que deseabais.

—Y diga V. padre ¿hay obligacion de oír las tres misas de que V. ha hablado.

—No, el precepto se cumple oyendo una, pero todo el que puede, debe oír las tres, porque esa es la mente de la Iglesia; y añadió, dirigiéndose al caballero.

—Disimule V. nuestra falta de atencion en este rato.

—Pocos mejores he pasado en mi vida Sr. mío; pues para mí, es un espectáculo de grande efecto el ver á un padre instruyendo á su familia en el hogar doméstico; y me ha interesado tanto el deseo que los niños manifiestan de ir á misa de *Gallo*, y la explicacion que V. ha hecho, que yo mismo pienso asistir á esa misa.

—En cuanto á mi explicacion, no puede ser mas que pobre saliendo de mis labios.

—El caballero hizo un gesto que manifestaba lo contrario, y continuó:

—Hace ya lo menos cinco años que no he asistido á misa de *Gallo*, porque en la mayor parte de las poblaciones de alguna consideracion, es un escándalo lo que pasa, y por eso he preferido no ir. No parece sino que algunos creen, que esta noche tan fecunda en beneficiosos resultados para los cristianos, esta noche en que se vieron cumplidas tantas profecias, noche en que el hijo de Maria nace con la mayor humildad en un pobre establo á pesar de ser el hijo del **Todo Poderoso**, noche en que el Redentor del mundo vino á romper las cadenas con que estábamos sujetos y á abrirnos el camino del cielo por tantos siglos oculto para el hombre, debe celebrarse, no haciendo una regular colacion como lo manda la Iglesia, sino comiendo hasta la gula y bebiendo hasta la embriaguez. Pero no es esto lo peor, sino que para fin de fiesta (que mejor se diría bacanal) asisten á misa de *Gallo* alborotando por las calles, y haciendo de los templos verdaderas plazas donde cada cual habla lo que le parece sin ningun miramiento ni consideracion. Así es, que aunque muchas personas sensatas, que en todas partes las hay, tengan muchos deseos de oír tal misa, se re-

traen por no presenciar un espectáculo tan desagradable; y aun algunos, por temor de que en la misma iglesia los saluden con alguna castaña ó manzana.

—Pues aquí no sucede eso interrumpió mi tío, y ahora es cuando especialmente tengo deseos de que V. asista á misa para que por sí mismo se convenza. La mayor compostura, la mayor devocion y recogimiento observará en todos, y ni aun en la calle oirá apenas hablar, cuanto menos en la casa de Dios.

Efectivamente, despues de haber hecho colacion y divertido un rato, las campanas anunciaron el Divino sacrificio, y todos á escepcion de la criada nos dirigimos al templo. Ni una sola palabra oimos por la calle, sin embargo de haber visto varios grupos, que, en distintas direcciones, todos se dirigian á un mismo punto; nadie observamos parado en el pórtico de la iglesia, y al entrar en ella, la encontramos profusamente iluminada y casi llena de gente muy bien ordenada: las mujeres ocupaban el centro de la Iglesia formando líneas paralelas al altar mayor; los ancianos, las partes laterales provistas de bancos por si gustaban sentarse; y los jóvenes, la parte opuesta al presbiterio. Esta colocacion y el absoluto silencio que reinó durante la solemne misa, nos produjo un efecto extraordinario, y como tal, imposible de

poder pintar como se merece.

Estas fueron las principales impresiones de mi viaje. Otro día os hablaré de algun otro, y con mas gusto, si llego à saber que las habeis leído con interés.

AGUINALDOS.

La nieve caía en menudos copos impelida por un fuerte viento norte que hacia mas intenso el frio; todas las ventanas de la casa de D. Luciano estaban herméticamente cerradas, y en los cristales se estendia un paño blanquecino que casi les quitaba la transparencia, permitiendo apenas la entrada à la poca luz de un dia nebuloso de invierno.

En la sala de recreo que ya conocen nuestros lectores, estaban el 23 de Diciembre los tres niños calentándose junto à una chimenea en que ardian sendas astillas de olivo.

El cierzo azotaba los cristales con fuerza, y los árboles del jardin, ostentaban un pequeño cancelon de hielo en cada una de sus ramas desnudas.

—Mucho frio habreis tenido, decia Adela à sus hermanitos, que por lo visto acababan de llegar.

—No, contestó Enrique; solo en los pies he

tenido un poco, y eso que procuraba dar fuertes patadas cuando bajábamos del coche.

¡Ah! ¿con que habeis ido en coche? eso es otra cosa; yo creia que habiais salido á pie.

-Entonces traeriamos mojadas las capotas, dijo Luis, y llenos de lodo los zapatos: ademas que lo que hemos andado no hubieramos podido hacerlo en modo alguno, á no ser en carruage. Figúrate tú....

-No le digas nada, Luis, dijo Enrique poniendo la mano en la boca de su hermano; no le digas nada de nuestra expedicion hasta que nos cuente en qué se ha ocupado durante nuestra ausencia.

-Es verdad, es verdad, contestó éste: que nos diga antes cuáles eran los grandes quehaceres que ha dicho mamá esta mañana que reclamaban la asistencia de Adela.

-Ya se vé que eran grandes. como que no hemos parado en toda la mañana, dijo la niña, convencida de haber prestado servicios de utilidad é importancia.

-¡Cállate! interrumpió Luis, y que formal lo dice, cualquiera diria que eras una excelente ama de gobierno.

-Esta mañana hé desempeñado las funciones de tal, y mamá ha quedado contenta de mi actividad.

-Veamos, pues, lo que has hecho dijo Enrique, estendiendo los pies hacia la lumbre

y restregándose las manos.

—Entramos en primer lugar en el cuarto de los baules; ya sabeis, donde hay tantas canastas, yo rabiaba por saber lo que tendríamos que hacer allí: la mamá abrió un baul y fue sacando ropa blanca que yo colocaba en una canasta: de vez en cuando me decía al darme las piezas, «esa ponla sobre la mesa:» despues de concluido el primer baul volvió á colocar en él la ropa de la canasta; y pasamos al segundo en el que hicimos la misma operacion; por supuesto, siempre dejando sobre la mesa varias piezas: cuando concluimos de cerrar el último, ya estaba la mesa llenita de ropa, de manera que yo no pude menos de interrogar.

Mamá: ¿ha olvidado V. sin duda colocar todas estas piezas?

No hija mia, no: me contestó; esa ropa tiene otro destino; tómala, y si no te causas de ayudarme puedes iria poniendo en la canasta, mientras yo inspecciono estas perchas.

Efectivamente, yo que tenia un placer en ayudar á mamá coloqué una por una en la canasta todas las piezas que habia sobre la mesa, y tuve el capricho de contarlas al mismo tiempo, observando que aunque muy limpias y nada rotas, todas estaban bastante usadas.

—Y dínos, hermanita, preguntó Luis con interés, ¿qué clase de ropas eran?

—Todas eran camisas de papá, de mamá y nuestras, y también ví cuatro sábanas, de manera que entre todas eran veinte y tres las piezas. Entre tanto, continuó la niña, la mamá miraba uno por uno todos vuestros trages separando también algunos pantalones y chaquetas de las más usadas que me mandó colocar en otra canasta en la que también pusimos todos los zapatos que ya no usamos, lo mismo los nuestros que las botas del papá y de la mamá. Cuando todo esto estuvo así arreglado, me dijo: ya hemos concluido aquí hija mía, ahora vamos á otra parte, y entró conmigo en la despensa.

Ya sabeis cuán ordenado está todo en este departamento indispensable de la casa; pero hoy había una cosa que yo no había visto, es decir, una porcion de cestitas nuevas, un poco más pequeñas que las que llevamos cuando fuimos á vendimiar la viña del S. Jorge ¿os acordais? Pues bien; en cada una de aquellas cestas puso mamá una papeleta de arroz, otra de garbanzos, otra de judías, un buen trozo de tocino y seis trocitos de bacalao, unas pocas castañas y unos pocos higos, dos panes y una peseta en cuartos envueltos en un papel, y después de haberlas dejado todas provistas de esta manera, llenó otros tantos pucheritos también nuevos, de aceite que sacó de la tinaja, y lo colocó todo sobre una mesa

diciéndome.

—Mira hija mirar cuando yo era como tú mi buena madre me enseñó á preparar los aguinaldos de noche buena del modo que ves, y desde entonces acá siempre he conservado esta costumbre. Es necesario, me decía, que en días tan solemnes como la natividad del Señor, sea todo alegría en las familias, y para esto, no debemos permitir que ninguno de nuestros allegados carezca de lo absolutamente preciso: mientras puedas hija mia, prepara por tí misma el aguinaldo para todas aquellas personas que sean tus servidores bajo algun concepto, y cuando te sientes á la mesa para hacer colacion la noche del 24 de Diciembre, que no turb tu paz y tu alegría, el pensamiento de que mientras te regalas tal vez con costosos y delicados turrónes, presentados fastuosamente como un artículo de puro lujo, hay tal vez familias enteras que no tienen un poco de pan que echar á la boca. Todos los años, pues, querida Adela, siguiendo el consejo de mi excelente madre, he preparado como hoy poco mas ó menos, los aguinaldos, de manera que la lavandera, el portero, el aguador, el jardinero, las familias de los criados, y otras gentes que nos prestan todo el año sus buenos servicios, han tenido con que pasar la pascua sin sentir el hambre. Observa los ar-

liculos que cada cesta contiene, y verás que nada hace falta de lo preciso, sin que se note nada de supérfluo; y si sumas el valor del donativo no excede de 3 pesetas; de modo que todo ello no compensa el placer que experimentaremos cuando reunida toda la familia el día de noche buena, podamos decir que recibimos las bendiciones de 20 familias honradas á quienes hemos socorrido, procurándoles los medios de solemnizar un día que se espera con impaciencia y se recuerda siempre con placer.

—Qué buena es nuestra madre, exclamó Enrique, admirado de la sencilla relacion de Adela; mira Luis seríamos dignos del desprecio universal, si no imitásemos los bellos ejemplos, que cada día nos ofrecen nuestros padres.

—Tienes razon contestó este; pero deja que continúe Adela.

—Ya lo he dicho todo, y en cambio me direis lo que vosotros habeis hecho con papá.

—Desde luego, pero antes cuéntanos lo que mamá quiere hacer de las ropas que colocale en las canastas, dijo Enrique.

—Hombre, interrumpió Luis, eso ya se supone, serán para repartirlas á los pobres por via de aguinaldo.

—Si vieras hermana mia cuantas visitas hemos hecho nosotros tambien, continuó Luis.

—Cuéntame, cuéntame.

—Lo primero que hicimos, fué tomar un coche de lo cual nos admiramos mucho.

Como nunca vá en coche papá, dijo Enrique, por fuerza nos habia de parecer extraño. Yo dije entré mí, sin duda vamos á alguna casa de mucho tono.

—Yo pensé lo mismo, pero nos equivocamos de medio á medio; figúrate que atravesamos las calles principales y entramos en los barrios mas retirados de la Ciudad, para el coche delante de una casucha miserable y subimos detrás de papá por una escalera casi hundida, hasta llegar á una habitacion en donde presenciarnos el mas lastimoso espectáculo.

Tres niños medio desnudos estaban rodeados á la cama en que yacia enfermo un hombre á quien procuraban en vano calentar las manos ateridas de frio, mientras un mujer jóven y descolorida cosia junto á la ventana con mucho afan un pantalon muy elegante.

Luis que hacia rato se contenia, contando esta triste aventura dejó caer dos lágrimas que conmovieron el sensible corazon de Adela.

—¡Pobrecitos! exclamó con los ojos preñados de lágrimas que á poco corrieron con abundancia por sus frescas y sonrosadas megillas.

Enrique empezó á sollozar, de manera que por algunos momento fue interrumpida la

conversacion de los niños.

Luis fue el primero que se repuso y continuó.

—Cuando los niños nos vieron entrar, se arrojaron al momento á papá y le abrazaron las rodillas exclamando «¡madre! madre! aquí está nuestro protector.» El enfermo se incorporó con trabajo sobre su pobre lecho, y la mujer se apoderó de la mano de papá en un arranque de gratitud. Gracias á V. mi buen señor decia aquella buena madre; con mi trabajo puedo atender á la subsistencia de mis hijos y al cuidado de mi pobre marido, que sin eso hubiera muerto de hambre á estas horas.

—Sin embargo contestó papá, no basta eso, y es necesario procurarle la salud á toda costa, para lo cual he tomado ya mis disposiciones, y esta tarde mismo irán VV. á vivir en una casa donde no les hará nada falta hasta que el buen Antonio esté en disposicion de trabajar.

—Señor! Señor! tanta bondad exclamó el enfermo procurando en vano contener sus lágrimas: los beneficios de que V. nos colma son inmensos.

—Nada, nada, interrumpió papá, nuestros turronec de noche buena se hubieran acibarrado con el pensamiento de que VV. gemian en esta miserable vivienda, y al procurarles á VV. esta pequeña ventaja, solo deseo que

la alegría posible reine en esta familia en un día en que nada debe turbar la felicidad. Al hablar así, también papá lloraba, y nosotros no pudimos ver sus lágrimas sin dejar correr las nuestras: entonces nos abrazó y salimos de aquella pobre casa con el corazón oprimido aunque satisfechos del consuelo que habíamos derramado sobre aquella desventurada familia.

Del mismo modo anduvimos varias calles, y paraba el coche á la puerta de algunas casas; pero el criado era el que llamaba y papá le daba dinero que subía á las familias, Después fuimos al hospital, y papá dió diez y seis duros á una hermana de la caridad para que los repartiese entre los enfermos por vía de aguinaldo.

—Oye Luis, exclamó Enrique, que hermoso era aquel niño que salió á abrir la puerta, á quien dió papá dos napoleones para que los subiera á sus padres; si lo hubieras visto, Adela, no podrias menos de quererlo; era poco más ó menos de tu edad, y tenía unos cabellos rubios tan rizados y unos ojos azules tan hermosos que daba gusto.

—Y qué frío debería tener el pobrecito, añadió Luis; figúrate tu que no llevaba más que una camisa vieja y un pantalón de verano.

—Pobrecillo, de buena gana le regalaría

yo mis aguinaldos si supiera que con ellos podia abrigarse este invierno; pero nuestros aguinaldos no le servirian de nada, porque como solo son turronec dijo Adela cándidamente.

—Y yo que pensaba que todo el mundo comia turronec la noche buena y que no se daban otros aguinaldos que cosas de azucar añadió Enrique.

—Yo tambien pensaba lo mismo, pero las visitas de hoy nos han hecho ver lo contrario, y veo que tiene papá razon al hacer lo que hace, porque una caja de turronec ¿de qué serviría á una familia que no tuviera pan?

—Mas apreciarán las cestitas preparadas por mamá contestó Adela; y ahora que me ocurre podriamos decirle que diese algunas de las ropas que ha puesto en la canasta, á ese hermoso niño que decis que casi estaba desnudo.

—Es que observo Luis, tal vez esas ropas estén destinadas á otras familias, y seria perjudicarlas el empeñarnos con mamá en favor del niño.

—Pues algo, hermano mio, debemos hacer por él, pues de lo contrario, replicó Adela, se vá á morir de frio y nosotros tendremos la culpa.

—Ya he discurrido un medio exclamó Enrique palmoteando alegremente; podremos hacer de manera que el niño tenga un vestido

nuevo que lo deba solo á nosotros.

—A ver, á ver lo que ha ocurrido, pijeron á un tiempo Luis y Adela.

--Enrique continuó, esta noche nos darán nuestros aguinaldos, y mañana bien de mañana, los vendemos y con el dinero compraremos un vestido que abrigue bien al niño.

--Tienes razon, pero ¿basta para comprar un vestido nuevo el producto de nuestros aguinaldos?

--Ya lo creo, dijo Adela; si no podeis figuraros cuanta cosa tiene mainá destinada para nosotros.

—Sobre que podemos añadir á lo que nos dé, las uvas que guardamos de la vendimia de la viña del Sr. Jorge, dijo Luis con mucha formalidad, porque son completamente nuestras.

—Como que las ganamos licitamente con nuestro trabajo, replicó Enrique.

—Y que están perfectamente conservadas añadió Adela; ayer mismo las ví, y no hallé ni un solo grano podrido, y solo sí algo arrugados.

Quedó, pues, decidido entre los niños que con el producto de sus aguinaldos y las uvas, comprarían un vestido nuevo para que el niño de los ojos azules no tuviera frio en todo el invierno.

—Escuchad dijo Enrique; ¿Y quien se encargará de la venta de los aguinaldos y de

comprar el vestido?

Esta sencilla observacion echó por tierra sus filantrópicos planes.

—Es verdad, no habia pensado en ello, contestó tristemente Luis, ¿pero si yo pidiese permiso á papá para salir, te parece si me lo negaria?

—Eso no puede ser; en primer lugar, por que te preguntarian á donde ibas y te esponias á mentir ó á descubrir nuestro secreto, y además, porque no sabrias á donde dirigirte para que te compraran los aguinaldos ni tampoco donde venden los vestidos.

—Mandaremos á la criada exclamó Adela, satisfecha de que su proposicion los sacaba del apuro.

—La criada, hermana mia, no saldrá de casa sin permiso de mamá, y además habria que iniciarla en nuestro proyecto que debe ser ignorado de todos, contestó Enrique.

—Pues entonces ¿cómo haremos? dijo la niña apesadumbrada.

--No hay remedio, concluyó Luis, tenemos que renunciar á nuestro plan ó descubrirlo á alguno.

--Oid, exclamó Enrique, podiamos decirlo al tio Gerardo el jardinero.

--Quita allá, contestó Luis, de seguida lo sabria papá.

Tan embebidos estaban los tres interlocu-

tores en su conversacion, que no se habian apercebido de que un caballero se habia presentado en la puerta de la habitacion, y hacia un buen rato que estaba escuchando su diálogo.

Luis fué el primero que lo notó é hizo señã á sus hermanos de que callasen creyendo que acababa de entrar.

Este nuevo personaje se aproximó á la chimenea y estampó un cariñoso beso en la frente de cada niño.

—Vamos hijos míos, les dijo: hacedme el gusto de sentaros como estabais, que yo tambien quiero sentarme un poco. Mi amigo Luciano no está en casa y hasta que venga me contareis algo de lo que hoy habeis hecho; pues vuestra madre me acaba de decir que habeis estado bastante ocupados.

Despues que los niños hicieron una exacta relacion de las ocupaciones del dia, continuó el caballero.

—Tambien yo os traigo mis aguinaldos, y sacó de un pañuelo que habia tenido oculto hasta entonces bajo la capa, tres hermosas barras de mazapan y tres cajas de jalea magníficamente aornadas.

—¡Oh! que cosa tan bonita exclamó Adela: Todavia no habeis visto lo mejor replied el caballero, y sacó del bolsillo de su gaban una cajita que contenia tres bellisimas estatuas de

azucar de un trabajo maravilloso, que representaban los tres reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar.

—¡Qué hermoso es esto! exclamaron los niños asombrados, tomando cada uno su correspondiente figura.

—Diga V. D. Felipe, preguntó Luis con intencion, todas estas cosas habrán costado à V. mas de dos duros.*

—Quince pesetas contestó D. Felipe que adivinó el pensamiento del niño.

—Quince pesetas ya son tres duros, replicó mirando à sus hermanitos de un modo particular.

Enrique y Adela comprendieron todo el misterio que encerraba la mirada de Luis, pero bajaron los ojos desentendiéndose, por no dar que sospechar à D. Felipe.

—Pero, continuó este, cuando yo entré teniais una conversacion muy animada y todavia no me habeis dicho de que se trataba.

Los tres niños bajaron la vista y se pusieron encendidos como una escarlata.

—¿Callais? vaya, decidme!, supongo que no tratariais de cosa alguna de que pudierais avergonzaros.

—Es que... balbuceó Enrique.

—Estábamos hablando de... interrumpió Luis.

—Vaya, ya sabeis cuan odioso y feo es mentir: ven acá Luis, y confiérame francamente

cual era vuestra conversacion: yo os he visto nacer, soy el antiguo, tal vez el único amigo verdadero de vuestro padre y os miro y os quiero como si fuerais hijos, por lo cual tengo un derecho à que me habéis sin rebozo.

--Pues bien D. Felipe, dijo Luis resueltamente, queríamos que nadie supiese nuestro proyecto; pero à V. nada hemos de ocultarle y preferimos que se sepa, à manchar nuestros labios con una mentira. Estábamos tratando de...

-Basta hijo mio, sé de qué tratábais puesto que he oído toda vuestra conversacion y tambien sé que os encontráis apurados para llevar à efecto vuestro plan.

--Es verdad, dijo Luis, que nos hace falta una persona que se encargue de la venta de los agnaldos y de comprar el vestido, y cuando V. entrò proponia yo decirselo al tío Gerardo.

-Si no os desagrada yo os buscaré la persona que necesiteis.

-Ès que no quisíramos decirlo à nadie, dijo la niña.

--Pues bien, nadie lo sabrá puesto que la persona de que se trata, seré yo.

-¡V.! exclamaron asombrados los hijos de D. Luciano.

-¿Y porque no?, cuando se trata de ejecutar

una buena accion, todos debemos apresurarnos á tomar parte, y vuestro pensamiento es bajo todos aspectos digno de elogio.

-En ese caso, cuando esta noche nos dé mamá los aguinaldos los guardaremos en nuestra alcoba, dijo Enrique, y mañana vendrá V. cuando papá no se haya levantado todavia.

-Niños, no pascis pena por eso; cuando yo he dicho que me encargaba de todo, es prueba que cuento con los medios de hacerlo.

-Adelante exclamó Luis restregándose las manos; pero no dirá V. nada á nadie ¿verdad?

-Nada.

-¿Ni á papá tampoco? repitió Adela.

-Tampoco.

-¿Ahora ni nunca? insistió Enrique.

-Nunca, repitió D. Felipe; de modo que vuestra buena accion será ignorada de todos, á no ser que la Providencia se encargue de hacerla pública, en cuyo caso debemos someternos siempre á sus inescrutables designios.

En este momento, como si toda la familia estuviese de acuerdo con los deseos de los niños, entró una criada con un canastillo diciendo que la habian mandado poner á disposicion de estos los aguinaldos.

-La Providencia de que hablabamos hace poco, dijo D. Felipe despues que hubo salido la doméstica, favorece sin duda vuestro proyecto, pues ya veis que contra la costumbre

os traen este año por la tarde vuestros aguinaldos. Veamos, continuó, lo que os regalan, y diciendo y haciendo descubrió la cesta que contenía tres departamentos provistos de frutas y turrónes de todas clases aunque una corta cantidad de cada cosa.

Los niños colocaron en la cesta las barras de turrón y cajas de jalea que le había regalado D. Felipe, y tomando las figuras de los tres reyes magos dijo Luis à sus hermanos: por cierto que podíamos cercenar de nuestros aguinaldos estas hermosas figuras.

-De ningun modo contestó Enrique; hemos convenido en renunciar este año à todos ellos y no nos pertenecen ya desde que hemos formado esta resolución.

Esta austeridad de principios en un niño de tan corta edad conmovió à D. Felipe y convenció à Luis, por lo cual colocó, haciendo un esfuerzo heroico, à los tres reyes en el canastillo y exhalando un profundo suspiro lo cubrió cuidadosamente con un paño.

D. Felipe se despidió de los niños y salió del aposento llevándose consigo el canastillo y estos quedaron silenciosos por un momento, pero no arrepentidos de la resolución que acababan de tomar.

Al otro día cuando toda la familia de D. Luciano estaba reunida celebrando la noche buena, se oyó llamar à la puerta; todos se estra-

ñaron al oír el insólito aldabonazo y á poco rato se presentaron en el comedor dos hombres que llevaban en una parihuela un gran cajon que tendria sobre dos varas de largo, cinco palmos de ancho con otros cinco de alto: precisamente á la sazón preguntaba D. Luciano á Luis, que destino habian dado á sus aguinaldos y este incidente que distrajo la atencion de todos favoreció no poco la situacion del niño á quien indudablemente hubiera vendido su turbacion. Uno de los conductores de la inmensa caja se encargó de contestar á la pregunta de D. Luciano preguntando por tres niños llamados Luis, Enrique y Adela, y mostrándoselos, empujó un pequeño resorte de la caja que se habrió por uno de sus frentes dejando ver un magnífico Bethlem con preciosas figuras perfectísimamente trabajadas; era una obra de escultura en la cual el artífice con una laboriosidad sin ejemplo habia retratado en todos sus detalles el nacimiento del niño Dios: en frente de la estrella que habia servido de guía á los magos de Oriente y que brillaba en uno de los ángulos de la caja sobre la portada del establo, se leía en caracteres dorados la siguiente inscripcion. Nunca queda sin premio una accion buena.

Todos se quedaron admirados ante aquel espectáculo: en vano D. Luciano quiso preguntar á los conductores, pues habian desapareci-

do, y cuando todos deseaban saber el desenlace de tan singular acontecimiento, se presentó D. Felipe que contó á los padres de los niños el destino de sus aguinaldos, cuya accion se habia encargado la Providencia de premiar haciendo que aquella gran caja, que era el regalo de una de las confiterias, cupiese en suerte al billete que le dieron cuando compró los aguinaldos de los niños á quienes por consiguiente pertenecia en propiedad.

D. Luciano y D.^a Eulalia vertieron abundantes lágrimas de gozo, abrazaron repetidas veces á tan benéficas criaturas, é indicándoles por último el famoso nacimiento colocado en aquella gran caja, les patentizaron que nunca una buena accion queda sin recompensa.

Niños que han ejecutado los ejercicios del 2.^o número.

Completar la frase.

Del colegio de Doña Luisa Esparza. = Doña Juana Artazos, Paulina Labayen, Vicenta Larralde, Irene Gonzalez, Pilar de Val, Eloisa Escanero.

De Doña Anaclota Potó. = Doña Casilda, Azorin, Eloisa Palacio, Rafaela Valero, Rafaela Asensio, Rosa Montejo, Mariana Lorente, Concha Naval.

De Doña Lorenza Machiandiarena. = Doña Julia Minguella, Julia Arbunies.

De Doña Francisca Eroles. = Doña Adela Biesa, Francisca Sancho, Nieves Bargas, Constanza Fondevilla.

De Doña Juana Echarriz. = Doña Petra Heredia, Francisca Heredia, Concha Pellejero, Dolores Ciriquian, Magdalena Garcia.

De Doña Victoriana Palomo. = Doña Joaquina Campos, Maria Belio, Enriqueta Magdalena Tabuena, Blasa Ordinola, Esmeralda Tejeiro.

De D. Mariano Ponzano, = D. Carlos Vila, Eusebio Blasco, Ciro Warleta, Gascue hermanos.

De D. Matias Franco. = D. Ventura Pescador, Jacinto Guyon.

De D. Felipe Remiro. = D. Ramon Chies.

De D. José Ripolles. = D. Manuel Lacasa, Andres Ripolles.

Del pueblo de Biel. = D. Miguel Alastuey, Pantaleon Franco.

De Tudela. = D. Natalio Alcaide, Severiano Nogues, Pedro Gainza, Joaquin Lorague, Hermenegildo Lasheras.

=

Solucion de la charada.

De Doña Luisa Esparza = Doña Juana Artazos, Vicenta Larralde, Paulina Labayen,

Irene Gonzalez, Pilar de Val, Lorenza Sarañana, Concha Kibikoski, Eloisa Escanero.

De Doña Lorenza Machiandiarena. = Doña Julia Arbuties, Julia Minguella.

De Doña Victoriana Palomo. = Doña Joaquina Campos, Maria Belio, Enriqueta Magdalena y Tabuena, Blasa Ordinola, Esmeralda Tejeiro, Joaquina Mayandia.

De D. Mariano Ponzano. = D. Balbino Bosque, Eusebio Blasco. Ciro Warleta, Gascue hermanos.

De D. Felipe Remiro. = Ramon Chies, Baldomero Bernal, Francisco Juderias.

De José Ripolles. = D. Andres Ripolles, Pascual Zapater, Manuel Lacasa, Basilio Ferrer, Pedro Gabin, Justo Val.

De D. Matias Franco. = D. Ventura Pescador, Miguel Echinique, Florencia Pellejero.

De Biel. = D. Pantaleon Franco, Miguel Alastuey.

De Tudela. = D. Natalio Alcaide, Severiano Nogues, Pedro Gainza; Joaquin Loraque, Hermenegildo Las heras.

Enseñanza. = Doña Andrea Argachal.

=

Analisis gramatical.

De Doña Juana Echarriz. = Doña Concha Pellegero, Dolores Ciriquian.

De D. Matias Franco. = D. Ventura Pescador, Manuel Rances, Miguel Echinique.

De D. Mariano Ponzano.=D. Carlos Vila.

De Tudela.=D. Natalio Alcaide, Severiano Nogues, Pedro Gainza, Joaquin Loraque, Hermenegildo Las heras.

De Biel.=D. Pantaleon Franco, Miguel Alastuey.

De D. Jose Ripolles.=D. Manuel Lacasa, Andres Ripolles.

De Zuera.=D. Alejandro Barber.

=

Problema.

De Doña Juana Echarriz.=Doña Concha Pellegrero.

De D. Felipe Remiro.=D. Ramon Chies, Baldomero Bernal, Francisco Juderias.

De Bujaraloz.=D. Juan Carúe.

De D. José Ripolles.=D. Pascual Zapater, Andres Ripolles, Silvestre Zapater, Gregorio Mober, Enrique Garcia, Basilio Ferrer, Pedro Fuentes, Justo Val, Manuel Boira, Manuel Lacasa, Tomas Turmo, Angel Hernandez, Pedro Gabin, Sisto Herrero, Rafael Jobber, Ramon Pueyo y Oliban, José Ferran, Felix Campos.

De Tudela.=D. Natalio Alcaide, Severiano Nogues, Pedro Gainza, Joaquin Loraque, Hermenegildo Las heras.

De Biel.=D. Pantaleon Franco, Miguel Alastuey.

De D. Matias Franco.=D. Bernardino Tello, Manuel Rances.

De D. Marriano Ponzano.=D. Carlos Vila, Eusebio Blasco, Ciro Warleta, Gasque hermanos.

La siguiente composicion es debida á la señorita D.^a Martina Gimenez discipula de D.^a Lorenza Machiandiarrena. Tenemos un verdadero placer en insertarla integra para que sirva de estímulo á nuestros jóvenes suscritores.

SOLUCION

A LA CHARADA DE LA 2.^a ENTREGA.

En la primera cuarteta
se manda ballar una letra,
y es la K que por sí sola
como una silaba suena.

Unida con la segunda
ciertamente es dulce y bueca,
como la caña de azúcar
la palabra que completa.

Para pasar bien la noche.
es la prima y la tercera,
como la cama á un enfermo
cosa tenida por buena.

La primera con la cuarta

en las còcinas se encuentra
pues los cazos á las veces
se ven emplear en ellas;
del mismo modo que el mazo
que tercia y cuarta demuestran,
es necesario en la industria
y aun ofensivo en la guerra:
como tambien de juguete,
sirve al niño que lo emplea
como algunos carpinteros
para trabajar madera.

Me detengo en escribir
porque un dolor en el brazo,
me hace parar y decir
que es el todo *Cañamazo*.

Julio del año 1856.

Aunque no soy un astrólogo
profeta ni nigromántico,
y sin conocer la brújula
paso el dia entre mis párvulos,
tengo el carácter escéntrico
item mas: algo maniático.

Una fria noche hallábame
muy abrigado en mi tálamo
y de súbito autojóseme
mirar á la luna impávido,

y del nuevo año el horóscopo
vi claro en su disco pálido.

No vi á Saturno ni á Júpiter
ni me importa de ello un rábano,
que tanto me dá que frígido
sea el año, como cálido;
ni que en Junio sople el bóreas
ni en Diciembre reine el ábrego:
pero vi en nuestro satélite
escrito en signos arábigos
que ha de haber el año próximo
niños de rostros escuálidos,
y robustos, y raquíticos
y otros de temple linfático
y biliosos y sanguíneos
y bulliciosos y lánguidos;
voluntariosos y dóciles
y laboriosos y apáticos;
unos de color de níspero
y otros de color de cañamo,
unos de acento suavísimo
y de mirar dulce y cándido,
y otros de mirada rápida
y de acento seco y áspero.
Unos con caras de arcángeles,
otros con caras de pánfilos;
unos con eternas lágrimas
se nos harán antipáticos
y otros que no dirán pesame
aunque les piquen cien tábanos.

De inteligencia magnífica,
habrá; y habrá también zánganos
y muchos se harán estúpidos
á fuerza de mimos máximos,
pero he visto con mis cábalas
y trazando signos mágicos
que asaz los niños mejóranse
desde la cuna ajustándolos
á un sabio y constante régimen
fundado en prudentes cálculos,
y sea cualquiera su índole
para sus llagas hay bálsamos:
en esto soy tan verídico
como si digera enfático
que al martes seguirá el miércoles
y al viernes seguirá el sábado.

Criar á los niños débese
no cual lo hacian los vándalos
sino con las bellas máximas
que nos enseñan los párrocos
y afirmo como ciertísimo
que el que no sea un gazzápipo
y en vez de estar impertérrito
en la holganza dando escándalo
vaya á la escuela con júbilo
de bondad y saber ávido,
tendrá un porvenir magnífico
y siempre tranquilo el ánimo
y podrá ser gran filósofo
ó profundo matemático

